Nosotros o ellos

Ali Blanco

Nosotros o ellos

Ali Blanco

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2025
© Ali Blanco, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-87805-28-9
THEMA: FBA - FRD
DEPÓSITO LEGAL: M-20445-2025

Gracias, abuelo. De ti nacen mis escritos, tú me enseñaste y algo de esa pasión se me quedó dentro. Aunque ya no estés, te sigo sintiendo en cada línea, tú das vida a estas palabras. También, al amor de tu vida, la abuela.

A mis padres, por darme la fuerza cuando flaqueo y la calma cuando todo tiembla. Gracias por confiar en mí, incluso cuando yo misma dudaba.

A mi ahijado, mi pequeño impulso diario. A ti, que sin saberlo me empujas a hacer cosas grandes. Ojalá un día leas esto y te sientas orgulloso de mí, como yo ya lo estoy de ti.

A mis hermanos que sé que confían plenamente en mí, aunque no lo demuestran muy a menudo.

Por supuesto a mi pareja, que me ayudó en esta creación; con nuestras idas y venidas.

Y a vosotros, gracias por acompañarme en este viaje tan personal e inesperado.

CAPÍTULO 1

ALISHA

—¿Me puedes explicar de una puta vez por qué esa tía te manda mensajes a las tres de la mañana con corazones?

Grité, lo necesitaba, estaba harta de callar, no podía. Tenía el móvil en la mano, la pantalla iluminando su nombre, su foto en miniatura, esa sonrisa cómoda de quien no se esfuerza. Un

corazón. Un «Ojalá estuvieras aquí». No hacía falta más.

Robert seguía en el sofá, con el mando en la mano, camiseta vieja, esa cara de indiferencia que me partía por dentro. Ni siquiera levantó la vista.

—Estás exagerando —soltó sin darle importancia.

Esa frase. Siempre la misma. Pareciesen mis lágrimas un capricho a sus ojos, como si mis dudas fueran invenciones, como si no mereciera ni una explicación decente.

—¿Exagerando? ¿Te parece exagerado que tu «amiga» te mande fotos en la cama con corazones? ¿Qué ni siquiera me lo cuentes?

—No tengo tiempo para tus paranoias, Alisha.

Y la forma en la que dijo mi nombre... Como si le pesara tener que decirlo, como si ya le diera igual todo, como si yo hubiera dejado de importarle. Dejé el móvil sobre la mesa y me fui. Agarré las llaves con el corazón hecho trizas,

otra vez... y salí con los ojos llenos de lágrimas y una ansiedad invadiendo mi ser y el pulso en la boca.

Madrid de noche olía distinto. Las calles parecían otras, las luces se sentían frías y la ciudad entera daba la sensación de no reconocerte. Caminé sin rumbo, cruzando calles sin mirar si el semáforo estaba rojo o verde. Me daba igual. Quería desaparecer.

Me detuve frente a un escaparate. Mi reflejo era el resumen de todo: moño deshecho, sudadera que no era mía y unos ojos que no reconocía. Me di rabia. Me dieron ganas de romper el cristal y romperme con él.

Pensé en llamarlo. En volver. En pedirle, una vez más, que me eligiera. Pero no lo hice.

Saqué un cigarro. De esos mentolados que te abren el pecho y te relajan al mismo tiempo. «Mierda, el mechero». Me eché a llorar, esta vez más fuerte, si es que eso era posible, ni siquiera tenía mechero para el cigarro.

—Tú, la del moño, ¿fuego? —escuché a mi espalda.

Me giré. Unos grandes ojos verdes me observaban desde la penumbra, apoyado en una moto negra, con una chaqueta de cuero; con una mirada tranquila, de esas que no necesitan palabras para decir mucho. Alto, sereno, como si el frío no fuera con él; una gran mandíbula, de esas que te quitan el aliento, parecía una estatua digna de museo.

Asentí. Sacó un mechero, encendió la llama y cuando acerqué el cigarro, sus dedos rozaron los míos. Fue un segundo. Pero suficiente para sentir algo que no sabía cómo explicar.

—¿Estás bien?

Negué. No podía fingir que sí. No tenía energías para mentir.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—No...

—¿Cómo te llamas?

—Alisha.

—Noé. Yo soy Noé. Oye, ¿en serio no necesitas nada?

—No, ya está. Fue una tontería, no pasa nada. —Se quedó mirándome durante unos segundos.

—No quieres hablar, ¿verdad? Muy desesperado tiene que estar alguien para salir de casa con esas pintas.

No lo miré, me dio vergüenza. Tenía razón.

—Ey, que te estoy tomando el pelo.

Me fui sin despedirme, perdiéndome en medio de la gente. Pero algo me dejó totalmente prendida en ese momento, en esas ínfimas palabras, en ese chico.

Volví a andar, sin rumbo fijo, con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera. Sentía que el mundo giraba sin mí. Que todo seguía su curso y yo me había quedado congelada en un punto del tiempo.

Volví al piso sin saber por qué. Sin decidirlo. Mis pies me trajeron de vuelta. En la casa había un silencio espeso, casi irrespirable. Dejé las

llaves sobre la mesa y solté la sudadera, como si al dejarla pudiera soltar todo el peso que me oprimía el pecho.

Me dejé caer al suelo, apoyada contra la pared, las rodillas encogidas. El cigarro apagado seguía en mi mano. El humo ya se había ido. Igual que todo lo que me sujetaba.

El agua fría del grifo me recorrió la espalda como un látigo. Pero no había agua suficiente para lavar todo lo que sentía.

La cama era un agujero negro. Cerré los ojos, pero la mente seguía despierta.

Soñé con Robert. Al principio su voz era suave, luego sus manos me empujaban contra la pared, su promesa hecha trizas en el suelo. Me desperté con un grito atrapado en la garganta y el corazón latiendo como si hubiera corrido un maratón.

Me costó volver a coger el sueño después de esa pesadilla y cuando lo conseguí... me encontraba en un pasillo estrecho, rojo y llameante; él me esperaba al fondo, solo con su chaqueta y

esa mirada que atravesaba el alma. Me acercaba a zancadas, hambrienta, deseando que me besara. Su mano rozó mi espalda y desperté jadeando, el corazón hecho una bola de fuego. Era... era Noé.

Me levanté a oscuras. Fui hasta la cocina y bebí un vaso de agua helada. Cada sorbo era un intento de apagar ese fuego que se me había quedado dentro. Me apoyé en la encimera y me susurré bajito: «¿Qué coño te está pasando?».

¡Los recuerdos me atacaban por oleadas! El dolor de las palabras que revoloteaban después de la discusión; la forma en que Noé me observó en la moto, su voz grave: «¿Fuego?». Y la voz de Robert desde el comedor: «Exagerada».

Sabía que no iba a volver a dormirme, así que decidí preparar un café y leer un rato, intentando evadirme de la realidad que se me abalanzaba sobre los hombros.

Comenzó a filtrarse la luz del día por la ventana como una caricia que me sacudió. Me incorporé dolorida, el libro a un lado y la taza

de café en el reposabrazos. Por un segundo pensé en llamar a Robert; seguramente seguía durmiendo, como si ayer no existiera, como si yo no existiera. La rabia se volvió a apoderar de mí. Decidí vestirme y salir a la calle. Porque quedarse allí, en ese piso, era humillarse. Y yo no quería humillarme más.

Mientras salía, algo en mí se erguía: una fuerza nueva que susurraba, sin que yo la reconociera.

Me puse a correr. Tenía esa costumbre todas las mañanas, era una forma de desestresarme y desahogarme. Un recuerdo me azotó mientras mis piernas seguían al galope, funcionaban solas, sin mi permiso... Retrocedo a un domingo de otoño, cuando todo era luz y promesas. Estábamos en nuestra cocina, el sol se colaba por la ventana y pintaba motas de polvo danzantes en el aire. Él, aún en pijama, me esperaba junto a la cafetera con el pelo alborotado y una sonrisa tan amplia que sus ojos se achinaban de puro cariño.

—Buenos días, preciosa —me dijo, regalándome un beso suave en la frente—. He preparado tu café con leche como te gusta.

El aroma del café inundaba la estancia. El calor de sus manos rodeando las mías me daba seguridad. Nos sentamos en aquella mesa pequeña, de madera rústica, y charlamos de cualquier tontería: el partido de fútbol del día anterior, los planes de vacaciones, las ganas de pintar el salón de un color más luminoso. Él me escuchaba pareciese que todo en mi voz fuera importante, inclinándose hacia adelante, sosteniendo mi taza con ambas manos.

Recuerdo cómo me miraba cuando asentía a mis palabras. No era una mirada furtiva ni impaciente sino una mirada de quien recoge cada sílaba para guardarla en su corazón. En sus ojos yo encontraba mi casa.

Después salió al balcón para colgar la ropa y yo lo seguí.

Él colocó mis manos entre las suyas, congeladas. Nos reímos porque sabía que el frío me

hacía cosquillas en los dedos. Me abrazó por la espalda, apoyó mi cabeza contra su pecho y, al ritmo de su respiración, sentí que todo el mundo se podía detener y no pasaría nada.

—Te quiero —susurró, y su voz tembló un instante—. Nunca lo olvides.

Ni siquiera importaba si luego llegasen las mentiras o las discusiones; en ese momento éramos dos en un universo paralelo y yo creí que sería así para siempre.

Pero ahora, al volver a ese recuerdo, comprendo lo que permití: el precio de una ternura ocasional a cambio de tantas noches de desinterés, de silencios culpables, de promesas rotas. Entiendo que me aferraba a esa mañana como un salvavidas, cuando en realidad el mar se tragó todo lo demás.

Y aquí, corriendo como si alguien me persiguiese, con el eco de Noé todavía latiendo en mi piel, por fin supe que esa versión de mí merecía algo más que el fantasma de aquel domingo.

La memoria se desvanece y me encuentro de nuevo en el piso, sola, con el corazón retumbando. No sé ni cómo llegué aquí de nuevo, ni cuándo; pero ese recuerdo me ha dejado un hueco caliente en el pecho: la ternura que una vez había sentido ahora rota por las mentiras que siguieron.

Robert se había ido a trabajar, lo sabía porque ya no estaban sus llaves ni su abrigo.

«Alisha,», me susurro, «tienes que acabar con esto, tienes que salir de aquí antes de quedarte hundida en tu propia nostalgia».

Me pongo de pie con las piernas aún temblorosas por la carrera que me acabo de pegar y arrastro los pies hasta la habitación. En la mesita de noche mi móvil descansa. Lo enciendo y veo tres llamadas perdidas de Robert de anoche, de cuando salí por la puerta. Tenía el móvil en silencio, por eso no las había escuchado.

Salgo al rellano y el pasillo huele a las famosas torrijas de mi vecina Mari. Ella las hace todas las semanas y siempre me deja un gran táper. Me

recuerdan a mi infancia, a las tardes de barro y al bosque, a los charcos, a los parques...

—Alisha, buenos días. Te estoy preparando unas torrijas que te vas a chupar los dedos. —Era la única vecina con la que hablaba de todo el edificio; ella estaba sola, su marido había fallecido antes de que nosotros llegáramos aquí.

—Mari, contigo la operación bikini como que no. —Le regalé una amplia sonrisa, disimulando mi dolor.

Bajé por la calle con un andar más firme. La ciudad me recibía como una vieja amiga: ruidosa, caótica, viva. Me detuve en la esquina de siempre, donde estaba esa cafetería pequeña de mesas de hierro forjado y aroma a almendras tostadas. Entré sin pensarlo.

Pedí un americano doble, sin azúcar. Me sentía observada, respiré profundo e intenté convencerme de que era la ansiedad, pero esa sensación no se iba.

—Muchas gracias, aquí tiene —le digo al camarero que me sonreía desde detrás de la barra.